

ESTABLECIMIENTO DE DESARROLLO Y ENTRENAMIENTO DE BIOSINTES DE PARAGEN, LUGAR NO REVELADO

5 de enero de 2058

Su primera sensación fue el sonido. No lo reconocía como sonido, porque no sabía nada; su existencia era apenas lo mínimo esencial que podía considerarse “vida”. Una criatura en el vientre materno siente calor y movimiento, oye sonidos y voces, ve luz y oscuridad a través del grueso filtro rojo del cuerpo de su madre. Su cerebro empieza a procesar esas sensaciones incluso antes de terminar de desarrollarse, como una máquina insaciable de aprender que ya empieza a definir el mundo meses antes de poder entender, en algún nivel consciente, que existe el mundo. Un bebé humano se acostumbra tanto a la voz de su madre que, por ejemplo, llora con el acento de ella apenas segundos después del nacimiento.

El cerebro de los BioSintes puede hacer mucho más.

Los sonidos que percibía no significaban nada para ella, pero eran permanentes, y eso los hacía reconfortantes. De haber tenido las palabras, las habría llamado voces, bips, o el rumor suave del agua en su batea de crecimiento. Los médicos iban y venían, examinaban los signos vitales, los informaban y registraban. Había máquinas que zumbaban, vibraban, emitían pitidos y chasquidos. Su padre era un secuenciador genético, y su madre era un tubo de nutrientes calibrado con sumo cuidado. Ellos eran su mundo, y ella los escuchaba con una conciencia que ningún feto humano podría imaginar jamás.

Luego se le desarrolló la vista: rápidamente se le formaron grupos de células fotorreceptoras en el fondo de los ojos. Ella no veía el mundo en rojo sino en azul, pues las paredes transparentes de su batea dejaban pasar apenas la luz suficiente para darle un sentido de la oscuridad. Más allá de las paredes azules oscuras, se movían formas que iban y venían con las voces, pero ella no sabía qué eran, ni quiénes, ni nada. Poco después se le desarrollaron los músculos; descubrió que tenía brazos y manos, pies y piernas, y cada uno parecía actuar independientemente de su pensamiento y su control. Con el tiempo aprendió a moverlos; sus brazos flotaban a uno y otro lado en el líquido de crecimiento, sus dedos se abrían y cerraban. Con las manos descubrió su rostro, y cuando accidentalmente se metió un dedo en el ojo, descubrió el dolor. A medida que el control sobre sus extremidades se hacía más fuerte y preciso, volvió a meterse el dedo en el ojo, a propósito, solo para ver si podía hacerlo. Le dolió, y no le agradó que le doliera, pero era algo nuevo. En un laboratorio, dentro de una batea que todo lo hacía por ella (incluso la hacía *a ella*), era lo primero que había hecho sola. El dolor fue su declaración de identidad.

Llevaba casi tres meses de desarrollo. Medía setenta y cinco

centímetros y pesaba casi nueve kilos. La membrana interna de la batea se expandió y ella siguió creciendo.

Ya tenía el cabello largo para ser un bebé, pero pronto le creció lo suficiente como para flotar en el tanque, meciéndose con las corrientes de sus movimientos sutiles. Se le alargaron los brazos y se le engrosaron las piernas; su pecho y su abdomen fueron llenando el espacio hasta presionar contra los costados tibios y sólidos de la batea. Aquello también era nuevo, pero no la alarmó; la presión era reconfortante, la hacía sentir a salvo y protegida. A los seis meses, medía casi un metro y medio (si hubiera estado de pie). A medida que su cuerpo se aproximaba a su tamaño definitivo, empezó también a cambiar de forma. Lo que una niña humana llamaría pubertad, para ella se convirtió simplemente en otra etapa del desarrollo *in vitro*. Sus extremidades se hicieron largas y delgadas; se le rellenaron las caderas; en su pecho, los montículos diminutos se convirtieron en senos redondos. Más tarde se enteraría de que en esa etapa las niñas humanas también empezaban a sangrar, pero ella había sido creada estéril, como una muñeca viva. Eso no la reconfortaba ni le molestaba, pues no conocía otra cosa.

Al alcanzar el metro setenta y seis de estatura dejó de crecer, y su esqueleto se solidificó en su forma definitiva; las placas de su cráneo se cerraron y adhirieron entre sí; sus dientes adultos salieron de la carne virgen de sus encías. Llevaba nueve meses de desarrollo en la batea, pero su cuerpo, a todas luces, aparentaba diecinueve años.

Tenía la mente de una criatura y la base de conocimientos de un bebé indefenso.

El 24 de septiembre del año 2058 un hombre con un traje entero de goma abrió el sello de su batea de crecimiento, levantó la tapa y abrió la válvula de desagote del fondo. El agua tibia en

la que se había desarrollado formó un remolino y se drenó con un rugido. La membrana que la contenía, ahora sin el sostén del líquido, se desgarró y ella cayó como una maraña de extremidades que se agitaban. El hombre de goma la levantó y la tendió en un carrito plástico. A su alrededor se arremolinó un enjambre de personas con trajes y máscaras, que la amarraron, la examinaron, la palparon y pincharon. Ella se estremeció por el frío repentino; sus extremidades, de tamaño completo pero sin usar, estaban demasiado débiles para protestar. Vomitó lo último de su líquido amniótico e inhaló aire por primera vez: nuevo, doloroso y horriblemente insustancial. Las personas usaban las mismas palabras y el mismo idioma que había escuchado durante meses, pero al no estar alterados los sonidos por el tanque de agua, las palabras sonaban duras y aterradoras.

—Esta no es piloto uno —dijo una voz.

Ella conocía el lenguaje, pero no su significado.

—Es de espionaje —respondió otra—. Del grupo Theta.

—Tenía que ser —dijo la primera voz—. Va a ser una belleza cuando se rellene un poco.

—Belleza o no, ten cuidado —repuso la segunda voz—. Los Thetas no tienen el paquete empático.

—Es broma, ¿no?

El hombre meneó la cabeza.

—Semejante cuerpo con el cerebro de una serpiente. Da miedo. Las pruebas y los exámenes terminaron.

Un hombre tomó el carrito y lo empujó, y de pronto toda la habitación vasta e iluminada pareció moverse en torno a ella. Los demás médicos se quedaron, y luego de ella prosiguieron hacia la siguiente batea de la línea, abrieron el sello, drenaron el líquido y depositaron otro cuerpo mojado y tembloroso en un carrito bajo

de plástico. Los pulmones de la muchacha trabajaban, esforzándose por respirar, y soltó el aire en un grito largo y desgarrador.

El hombre que empujaba el carrito siguió caminando, silbando como si nada.